PEPE-HILLO Y SU CUADRILLA, ENTRANDO EN LA CAPILLA DE LA ANTIGUA PLAZA DE MADRID

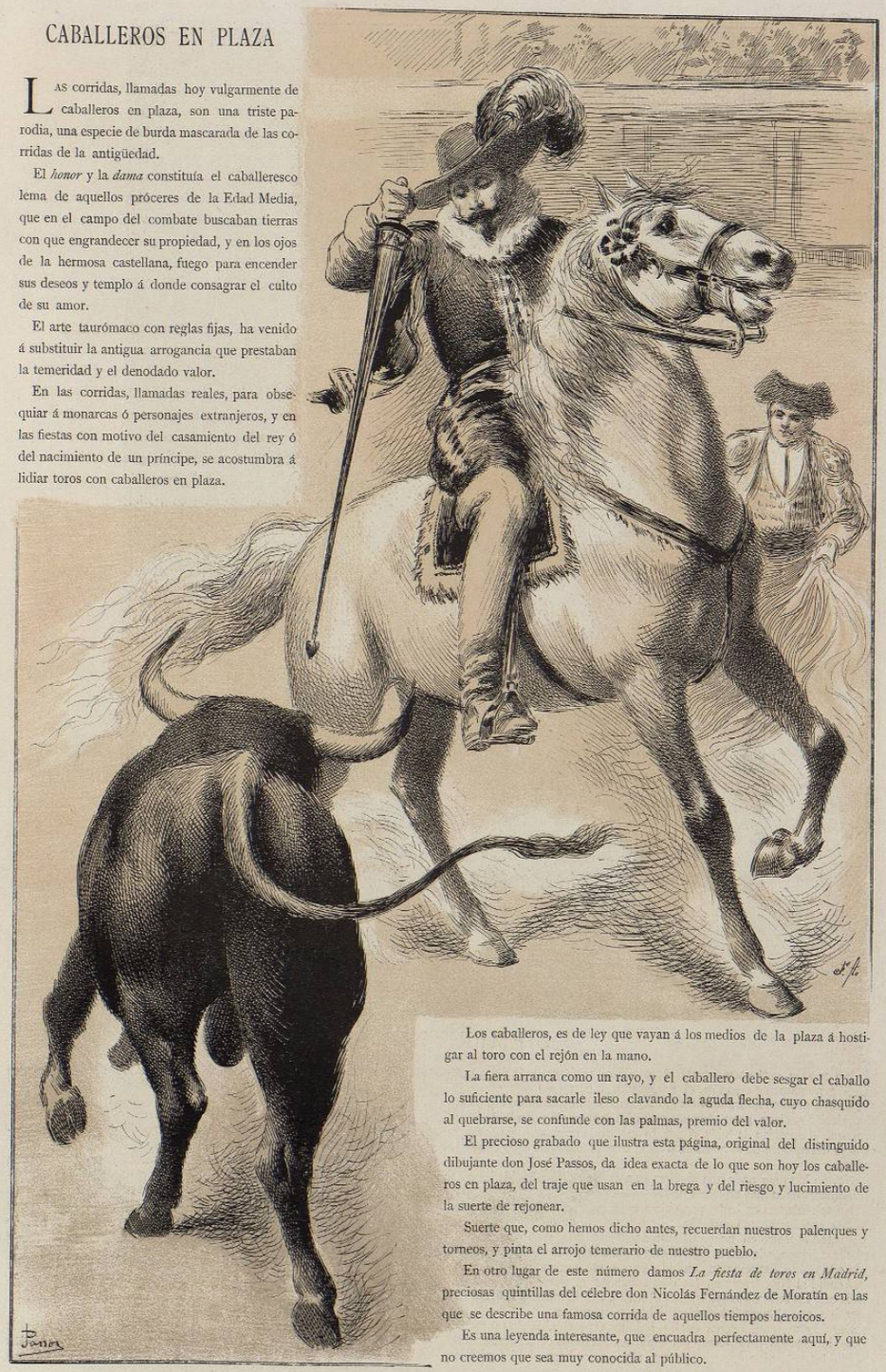
CABALLEROS EN PLAZA

Las corridas, llamadas hoy vulgarmente de caballeros en plaza, son una triste parodia, una especie de burda mascarada de las corridas de la antigüedad.

El *honor* y la *dama* constituía el caballeresco lema de aquellos próceres de la Edad Media, que en el campo del combate buscaban tierras con que engrandecer su propiedad, y en los ojos de la hermosa castellana, fuego para encender sus deseos y templo á donde consagrar el culto de su amor.

El arte taurómaco con reglas fijas, ha venido á substituir la antigua arrogancia que prestaban la temeridad y el denodado valor.

En las corridas, llamadas reales, para obsequiar á monarcas ó personajes extranjeros, y en las fiestas con motivo del casamiento del rey ó del nacimiento de un príncipe, se acostumbra á lidiar toros con caballeros en plaza.



Los caballeros, es de ley que vayan á los medios de la plaza á hostigar al toro con el rejón en la mano.

La fiera arranca como un rayo, y el caballero debe sesgar el caballo lo suficiente para sacarle ileso clavando la aguda flecha, cuyo chasquido al quebrarse, se confunde con las palmas, premio del valor.

El precioso grabado que ilustra esta página, original del distinguido dibujante don José Passos, da idea exacta de lo que son hoy los caballeros en plaza, del traje que usan en la brega y del riesgo y lucimiento de la suerte de rejonear.

Suerte que, como hemos dicho antes, recuerdan nuestros palenques y torneos, y pinta el arrojo temerario de nuestro pueblo.

En otro lugar de este número damos *La fiesta de toros en Madrid*, preciosas quintillas del célebre don Nicolás Fernández de Moratín en las que se describe una famosa corrida de aquellos tiempos heroicos.

Es una leyenda interesante, que encuadra perfectamente aquí, y que no creemos que sea muy conocida al público.

DE LA TIERRA DE MARIA SANTÍSIMA, por J. Llobera.

SIEMPRE NUEVO

Lo es y lo será eternamente el grandioso prólogo de la fiesta más genuinamente española, el encantador espectáculo que ofrece la abigarrada muchedumbre los días de corrida, encaminándose al circo taurino, donde realizan poco después gallardas proezas un puñado de hombres que desprecian la vida, ó por lo menos la arriesgan gustosos á cambio del aplauso de la multitud ó de la mirada de unos ojos enloquecedores.

No, no busquéis nada que siquiera se asemeje en grandiosidad á esos preliminares de la más española de las fiestas.

No os molestéis en hallar parecido á ese cuadro, cien veces esbozado, y nunca perfectamente concluído...

Visitad el teatro en noche de gran acontecimiento, y encontraréis, sí, la belleza hermanada con el lujo, la elegancia unida á la distinción... Pero todo ello rígido, fuertemente cohibido, duramente correcto.

Acudid al Hipódromo en los días señalados al *sport* hípico, y observaréis casi los mismos tonos que en el teatro, con la única diferencia del incentivo que el juego (no siempre noble), proporciona.

Seguid curioseando cerca de los infinitos espectáculos, más ó menos cultos, inventados para recreo del espíritu... En todos ellos encontraréis, indudablemente, algo que os distraiga, algo que os haga olvidar miserias de la vida... Pero, sed francos: no ocultéis la verdad en vuestras observaciones, y habréis de confesar necesariamente, que el prólogo del taurino festejo, es superior á aquellos, en detalle y en conjunto.

. . . . . .

Madrid... Calle de Alcalá... Día de corrida...

Nobles y plebeyos, ricos y pobres, entusiastas é indiferentes, democráticamente confundidos, marchan en dirección al coso.

Arriba, luz esplendorosa, aromas penetrantes... Abajo, gritos del alma traducidos en geniales galanterías dedicadas á la gentileza de la mujer española... Tintineo de campanillas... Chasquidos de tralla...

Por todas partes balumba inmensa de carruajes de mil modelos, desde el elegante y costoso tren al mísero *simón*, rodando todos vertiginosamente como si las bestias que los arrastran se enorgullecieran de contribuir á tal entusiasmo...

Cuerpos gentiles y jacarandosos... Caras terriblemente tentadoras, con ojos asesinos, cuyos dardos se escapan á través de los encajes de la clásica mantilla...

¡Ah! ¡No lo dudéis! ¡No hay nada semejante!

Es algo así como una obra eminentemente genial y grandiosa, á la que contribuyera Goya con los colores más vívidos de su paleta, Barbieri con las combinaciones más armónicas de su inspiración, y Zorrilla con los conceptos más hermosos de su rica imaginación oriental...

Angel CAAMAÑO

LA FIESTA DE TOROS EN MADRID

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazón de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las más apuestas doncellas
Que España entonces tenía.

Aja, de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual más hermosa;
Y Fátima la preciosa,
Hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Después con Hamete cierra,
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airón,
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
Ofrecerle vencedor
A la dama que servía;
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.

El alcaide muy zambrero
De Guadalajara huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometía,
Y sin que el rejón la plante
Le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara;
El circo desocupado;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir:
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla y dijo:

«Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.»

Mucho le pesa á Aliatar;
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero;

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube,
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes
De una cristiana primores,
En el yelmo los plumajes,
Por los visos y celajes
Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendón,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperación,
O á lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán,
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán;
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor.
¡Alah te salve! decían,
¡Dete el Profeta favor!

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Más cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira:

«Señora, sueños no son;
Así los cielos vencidos
De mi ruego y aflicción,
Acerquen á mis oídos
Las campanas de León,

»Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena;

Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno la cerca,
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.»

La mora se puso en pie,
Y sus doncellas detrás.
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado;
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió;
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada;
Y segunda vez le mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto la cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama así fulminante,
Cruza en negra obscuridad,
Con relámpagos delante,
Al estrépito tonante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto dón admitiendo,

»Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada: «señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.»

Y besando el rico dón,
Para agradar al doncel
Le prende con afición
Al lado del corazón,
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve;
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.

Y en ronca voz, «castellano,
Le dice, con más decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

»Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»

Así, dijo el de Vivar,
Respondo, y la lanza en ristre
Pone, y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prisión pedía,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.

Entre la Moncloa y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,
Se acercó, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó, disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

NICOLÁS FERNANDEZ

DE MORATIN

MOSAICO

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: *La castañera*, cuadro de Luis Graner.

PÁGINAS EN COLOR: *S. A. R. la infanta Isabel*, fotografía iluminada de A. Debas, de Madrid; texto alusivo, por Salvador Carrera.
Regalo de Reyes: cuadro de Sans Castaño.
El consejo de la modelo: cuadro premiado, por A. Gil.
Los reyes magos: cuadro de J. Cusachs, con texto alusivo.

PÁGINAS EN NEGRO: *Ciencia y vida*, por Zeda, ilustraciones de J. Cuchy.
El último aguinaldo: por Ruíz López.
La adoración de los reyes: dibujo por Pahisa.
Las lagunas pontinas: cuadro de Enrique Serra, reproducción directa.
Debilidad: por Rafael M. Liern. †
El salto del paje: (Tradición), por García del Real, ilustraciones de Pellicer Monseny.
En boca cerrada:... por A. Sánchez Pérez.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso figurín en colores.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del prospecto que acompaña á este número, en el cual hallarán el juicio que la prensa de España ha tenido á bien emitir respecto á nuestra publicación.

Estamos altamente agradecidos á nuestros colegas, y les mandamos la expresión de nuestro profundo agradecimiento, reiterándoles nuestros respetos y ofreciéndoles nuestra adhesión.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

ALMANAQUE DE BARCELONA CÓMICA PARA 1898.—Hemos recibido el bonito almanaque que publica este popular semanario, y que se vende al precio de *una* peseta en los sitios de costumbre. Lo recomendamos á nuestros lectores y damos las gracias al colega por su envío.

DR. P. MANAUT.—*Condiciones higiénicas que han de reunir las* ESCUELAS *destinadas á la primera enseñanza.* — Memoria premiada por la Academia de Higiene de Cataluña, en el concurso celebrado por la misma, en el año 1894.—Barcelona, tipografía «La Académica», 1896.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.

S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL

En el regio alcázar de Madrid, donde nació; fraternalmente unida con la cariñosa madre del más joven de los actuales monarcas; indentificada con ella en ideas y sentimientos, tiene su residencia una dama ilustre, de todos respetada y por muchos bendecida.

Hija de reyes, ostentó el título de princesa de Asturias, que corresponde á los herederos de la Corona, hasta que vino al mundo el duodécimo Alfonso, y recobróle cuando éste empezó á reinar, para transmitirlo después á la candorosa niña que lo honra en la época presente.

Casada en la primavera de su vida y pocos meses antes de aquel Septiembre tan aciago para la dinastía borbónica; tuvo que pasar la luna de miel en territorio extranjero, bajo un cielo menos despejado y sonriente que el de su patria; cielo que volvió á ver con los ojos preñados de lágrimas, pues, durante su destierro, el pérfido destino había cerrado para siempre los de su esposo.

Aparte de los vínculos que enlazan á la Reina y á la Infanta, su mutuo cariño se acrecentó luego con la común desgracia, y se quieren... porque allá, en el fondo del corazón, conservan ambas la misma herida; porque las dos vistieron en edad temprana las tristes tocas de la viudez; si bien á la primera quedóla el consuelo de la maternidad, desconocido para la segunda.

Tan acendrado afecto, tan delicada armonía existe entre las augustas cuñadas, que la opinión general, siguiendo ese laudable ejemplo, al rendir homenaje á la una, no se olvida de la otra; estimando por igual las revelantes dotes de que están adornadas.

Cuantos obtienen la alta distinción de ser recibidos por Su Majestad, creerían faltar á un deber sagrado, si salieran de Palacio sin cumplimentar á Su Alteza.

Y á fe que son bien merecidos todos los agasajos que á ésta se tributan, y aun pálidos, comparándolos con la bondad de su alma y con su privilegiada inteligencia.

Dotada de varonil entereza, la entusiasman las empresas atrevidas, las lides del progreso, y las manifestaciones del saber; hallándose dispuesta á prestar su poderoso concurso, siempre que éste contribuya al engrandecimiento del país.

Dando continuas muestras de exquisita sensibilidad, acude solícita á donde su mediación resulte beneficiosa, así en las calamidades públicas como en los infortunios privados; ya se trate de recompensar el mérito, ya de ejercer la caridad, abre su pródiga mano, sirviendo de estímulo á los que pueden y deben imitar su generoso proceder.

Encarnado en ella el sentimiento de lo bello y noble, rinde á las artes ferviente culto; su gabinete particular es un museo de inapreciable valor.

El músico, el pintor, el poeta, tienen una buena amiga y una constante protectora en la egregia dama; la cual de fijo, aprecia más, su compañía, que la de muchos magnates á quienes sólo recomiendan las riquezas y los blasones.

Para la Infanta Isabel, el talento constituye la mayor grandeza.

Al que estas líneas escribe, cúpole la satisfacción de apreciar por sí mismo, repetidas veces, el singular ingenio y la suma afabilidad de la ilustrada princesa que, lejos de imponerse con aparatosas formas ó altaneros alardes, ha sabido, sin menoscabo de su preclaro origen, conquistar universales simpatías y popularizar la fama de su valimiento personal, muy superior al adquirido por méritos de la cuna.

Todavía resuenan en mis oídos las halagüeñas frases con que en varias ocasiones, después de visitar nuestra Exposición Universal, me pintó, con expresivo y sincero entusiasmo, la admiración que sentía por Cataluña; elogiando la cultura peculiar de sus hijos, maravillándose de sus transcendentales iniciativas y gozándose en sus sorprendentes triunfos.

Aquellos actos de justicia á que, por lamentables apreciaciones, no nos tienen acostumbrados, enardecieron de tal suerte mi orgullo provinciano, avasallaron de tal modo mi voluntad, que acabé siempre por besar con profundo agradecimiento, la delicada mano de la magnánima señora, cuando al descender hasta la mía, honraba tan noblemente la hermosa tierra en que he nacido.

Desde entonces, el respeto que por su proximidad al trono me inspiraba, raya en veneración.

Poco soy y nada significo; pero, dentro de la humilde esfera en que se agita mi insuficiencia, pregono en voz alta é íntimamente convencido, que la Infanta Isabel es uno de los más ricos florones que han adornado la Corona de España.

SALVADOR CARRERA

FOTOGRAFÍA DE F. DEBAS

CIENCIA Y VIDA

No ha existido ni existe hombre tan sabio como el doctor López: cuanto encierra la ciencia en sus más recónditos archivos le era tan familiar como al avaro su tesoro. ¿Qué suceso próximo ó remoto, transcendental ó insignificante se escapaba á su penetración histórica? Dijérase que había vivido en la edad de piedra: tan bien conocía hasta los más insignificantes pormenores de la existencia troglodita; lo mismo recitaba él los nombres de los reyes de las dinastías egipcias que los niños de nuestras escuelas los de los monarcas visigodos; leía de corrido la escritura cuneiforme y la jeroglífica, la sanscrita y la hebrea; hablaba y escribía en griego como Homero y Tucídides, en latín como Virgilio ó Cicerón, en toscano como Dante, en alemán como Goethe, en inglés como Byron, en francés como Fenelon, en castellano como Cervantes. Su filosofía era el resumen sintético, y además purgado de todo error, de cuanto han adivinado los más grandes pensadores desde Platón hasta Kant y desde Hegel hasta Herbert Spencer. La Place, Leverrier y el P. Sechi eran, comparados con él, medianos astrónomos. Sabía cuanto se puede saber, y algo más, de los tres reinos de la Naturaleza. Hizo en Química no sé cuántos descubrimientos, y realizó en Mecánica verdaderas maravillas. En su cerebro se encerraban más conocimientos que en la más copiosa biblioteca. No sólo « se había asomado á todas las ciencias », sino que en todas ellas había penetrado ni más ni menos que Pedro por su casa. Si á algún hombre pudiera dársele con verdad el nombre de « rey de la creación », era á aquel doctor, joven aun, de rostro pálido, de ojos tristes y apagados, frente calva y cuerpo enfermizo.

Inútil es decir que en su alma, ocupada toda por la ciencia, jamás hicieron su nido las ilusiones. Trataba siempre de averiguar lo que era la *cosa en sí* y despreciaba las apariencias; detestaba el arte, *que era*, según él, *una engañosa cobertura*. Ni le entusiasmaba la virtud ni le indignaba el crimen: crímenes y virtudes eran para él simples productos « como el vitriolo y el azúcar ». Ni el héroe merecía premio, ni el delincuente castigo. Nada de amor, nada de repulsión: conformidad pasiva ante todo lo que existe. Lo que es, debe ser: la lógica es la ley del Universo. Los espíritus superficiales se sorprenden del fenómeno porque ignoran sus causas; son como los salvajes á quienes aterrorizan los eclipses porque ignoran las leyes á que están sometidos los cuerpos celestes. En cambio, los hombres superiores de nada se sorprenden, todo lo perdonan, porque todo lo comprenden y todo se lo explican.

El doctor López nunca había sido joven: su alma era como esas flores prensadas entre las hojas de los libros. En la edad en que otros niños

juegan á la peonza ó al marro, López aprovechaba las horas de recreo resolviendo problemas de matemáticas. Pasó los días de su adolescencia en los anfiteatros de Medicina, en los laboratorios, en las bibliotecas y en las archivos. Antes de cumplir los diecisiete años había publicado obras magistrales, y aun estaba su rostro virgen de la navaja del barbero, y había ya derrotado en ruidosa polémica teológica á dos obispos y no sé cuántos doctores.

Desconocía en absoluto los goces del amor. El sentido de esta palabra era una incógnita que nunca había tratado de resolver. Casto como un anacoreta, indiferente á la belleza femenil, hubiérase creído que no era hijo de mujer, sino una especie de *homunculus* fabricado por arte mágico en la retorta de un alquimista.

Tocaba ya en las fronteras de la edad madura cuando un día...

***

Fué en lo más frondoso y escondido de un valle formado por dos altísimas montañas. Recorríalo el sabio á fin de comprobar no sé qué datos geológicos. Apenas le interesaba el hermoso paisaje que ante sus ojos se extendía. La contemplación desinteresada de lo bello es una de las formas del amor, y nada que al amor se semejase había en el corazón de López. ¿Qué le importaba la nieve virginal de las cumbres ni el verde esmeralda de los valles, ni los alegres caseríos diseminados por las laderas, ni los giros caprichosos de agua que espumosa y con ruido bajaba hasta lo más hondo del valle saltando de peña en peña? Lo que le tenía absorto y como en éxtasis eran unos cuantos pedruscos que sin duda debían de revelarle hondos secretos geológicos.

De repente, al levantar la vista vió surgir en la desembocadura de una cañada una mujer deslumbrante de hermosura y de sana belleza. Tendría la hermosa como veinte años y eran negros y rasgados sus ojos, obscuros y abundantes sus cabellos, encendida como fresa madura la boca y morena y aterciopelada la epidermis de sus mejillas. Sus bien contorneadas caderas, su alto y duro pecho y el nacimiento de su pierna, hacían pensar en la mujer de seno fecundo, destinada por Dios á ser manantial de innumerables existencias sanas y fuertes.

El sabio al verla dejó caer las piedras que un momento antes ocupaban toda su atención. Un estremecimiento para él desconocido circuló como una corriente eléctrica por todas las fibras de su ser. Ella, por su parte, le miraba con desdeñosa curiosidad. La diferencia entre ambos no podía ser mayor: ella era la juventud, la salud, la personificación de la alegría de vivir; él, la imagen de la decadencia física; ella parecía el comienzo de una raza; él, el vástago raquítico de una generación agotada.

La joven, después de mirar breves instantes al sabio, le volvió la espalda y emprendió su camino al través del valle.

—¡Detente!—gritó el hombre.

—¿Qué quieres?—dijo la hermosa.

El doctor López vaciló un momento; circulaba por sus venas extraño fuego, nueva vida invadía todo su ser y le pareció que una primavera espléndida había brotado en torno suyo.

—Oyeme—dijo con voz temblorosa.—Hace un momento estaba ciego: te he visto y se ha hecho la luz en mi alma. Tú que eres la causa de lo que pasa en mí, díme, ¿díme qué es este deslumbramiento, este fuego que me quema, esta sed de mirarte?...

La joven lanzó una alegre carcajada que los montes lejanos repitieron.

—No te burles. Díme, ¿es acaso amor esto que siento?

—¡Amor!... No; tú no puedes sentir amor; tus ojos están apagados, tu frente se inclina hacia la tierra. ¿Cómo sostendrías en tus débiles brazos á la mujer amada para salvar los precipicios de estos montes? ¿Cómo la defenderías? ¡Si tú conocieras al amado de mi corazón! Pregunta por los caseríos de estos valles: alto como los pinos de las cumbres, recio como los robles de esas laderas. De fuego son sus ojos y de mieles sus labios. ¿Quién le aventaja en la carrera? ¿Quién derriba á los toros bravos con más brío? A su lado, aunque la tempestad remueva esos peñascos y el vendaval doble como cañas esas encinas y ahulle el lobo entre esos matorrales, yo duermo tranquila.

—Escucha. Hay una fuerza mil veces más poderosa que la fuerza de los brazos: la fuerza de la inteligencia. Me crees débil: te engañas. Con sólo quererlo yo, verías volar esas peñas hechas pedazos; con el agua que corre tranquilamente por ese cauce puedo hacer maravillas que te colmarían de asombro. Cuanto existe me obedece. Con mi mano que tú crees tan débil sujeto yo los rayos del cielo...

—¡Vete!

—En mi alma hay tesoros de ternura que tú desconoces. Te descubriré mundos de ideas y mundos de sentimientos. Yo te explicaré en virtud de que misterio te deleita el aroma de las flores.

—Me basta con disfrutar de su perfume.

—Te haré leer en el cielo azul como en un libro de clara escritura.

—Me basta con que las estrellas brillen en mis noches de amor.

—Te mostraré cuantos tesoros encierra la tierra y el mar.

—Y qué me importan á mí tus tesoros. ¿Por ventura has logrado tú con todo eso impedir que los cabellos huyan de tu frente, que tus ojos pierdan su brillo, que tu cuerpo se consuma. Mírate en el agua de ese arroyo... ¡Tu ciencia, tu sabiduría! Guárdatelos y déjame en mi ignorancia. Quiero gozar de mi juventud; quiero vivir. Vete; tu mundo no es este.

—¡Te amo! —gritó el sabio extendiendo sus brazos hacia la joven.

—Miróle ella con supremo desprecio y después lanzó un grito. Saltando de peña en peña fuerte y ágil apareció un hombre.

—¡Es él! —gritó, y corrió á su encuentro. La enamorada pareja se alejó

lentamente mirando de cuando en cuando con lástima burlona al pobre sabio, que después de un largo rato de penosa meditación lanzó un suspiro y recogió los pedruscos caídos en la orilla del arroyo cuyas aguas parecían estremecerse de gozo por haber tenido entre sus cristales la imagen de la hermosa.

ZEDA

Ilustraciones de J. CUCHY

DEBILIDAD

Román delira por la literatura dramática.

No está abonado á ningún teatro, pero concurre á todos.

Antes faltaría el sol, que dejase él de asistir á *un estreno*.

Corazón ardiente y apasionado, tiene aún el buen gusto de entusiasmarse con las brillantes frases de Echegaray y conmoverse al escuchar las esculturales de Sellés.

De pronto, este devoto del *arte clásico*, dejó de ir no solamente al teatro Español, sino á todos los demás de la Corte.

Su ausencia de los templos literarios, que empezó á prolongarse más de lo regular, me *intrigó* fuertemente é hizo brotar en mi corazón el deseo de celebrar con Román una INTERVIEW.

Almorcé con él en su casa el otro día: estábamos solos en el comedor. La ocasión no podía ser más propicia. ¿Por qué no vas á los teatros? le dije.

—Te lo voy á decir. La culpa de mi ausencia la tienen los sombreros; desde que impera esa moda, está uno condenado á no ver ni una representación.

—¿No basta con oirlas?

—No; apreciar el gesto del artista, entra por mucho en el efecto que el ánimo recibe. No es lo mismo oir á Gayarre desde una butaca del Real, que oirle por medio del fonógrafo. Pues verás. Yo, que no soy rico, distribuía mis gastos de manera, que asistiendo sin faltar á ninguno de los puntos donde *va todo Madrid*, aun ahorraba alguna cosilla. Dejé mi fila sexta del Real, porque á la quinta se abonaron unas señoras que llevaban á la cabeza entre las tres más de diecisiete plumas y docena y media de pajarracos. El sombrero más sobrecargado era el de la madre. Llevaba la jamona sobre su cabeza un *Ripert*, materialmente, un coche del tranvía, un carro de mudanza de los de Federico Delvieur. Yo no *veía* ni siquiera una ópera; cambié de fila una vez y dos y veinte. ¡Todo inútil! Siempre en la anterior encontré *reductos inexpugnables* de sombreros monstruos. Y dejé de ir al Real, como por idéntica causa me ausenté de Apolo, de la Comedia, de la Zarzuela, en fin, de todos los teatros. Las salas de todos ellos han dejado de serlo, y se han convertido en escaparates de *sombrerería femenina*. ¿Por qué, decía yo, cuando al levantar el telón se descubren todos los hombres, no se descubren asimismo las señoras, echando sobre sus rodillas el peso de sus cabezas?

—Hombre, por algo las señoras son bello sexo.

—Sí, para fastidiar al sexo feo en todos los teatros. Por fin tuve una gran inspiración. ¿Cómo evitar, dije para mí, que entre mis ojos y el espectáculo se interpongan esos montes de verdura inanimada y de pájaros disecados? Ya lo sé. Abonándome en primera fila. Fuí desolado á todos los teatros. ¡Viaje inútil! Todas las primeras filas estaban abonadas por aburridos, como yo, que me habían ganado la mano. Sólo en la Comedia encontré una noche una butaca libre y la *aboné*. Pero, ¡ay de mí! supe que se había quedado libre porque asistía al puesto que ocupa el sexteto, una familia de señoras con sombrero. Perdí el dinero del abono y no parecí más por aquel teatro.

Desde entonces me dediqué á ir á los toros exclusivamente, y á *la barrera*, para no tener sombreros delante, y por ser el único punto donde suele verse alguna mantilla que otra. No me verás más en los teatros; yo te lo juro.

Se acabó el almuerzo y me retiré.

Han pasado seis meses. Y ¡asombro de los asombros! Recibo una carta de Román, cuya síntesis es esta:

«Me caso; he encontrado mi media naranja; es mi novia una de las abonadas á la quinta fila del Real. La hija mayor del *sombrero grande*; etcétera, etc.»

¿Y qué dicen ustedes que es lo primero que le ha regalado? ¡Un sombrero *monumental* con dieciocho plumas y catorce pájaros!

RAFAEL M.ª LIERN †

REGALO DE REYES

EL CONSEJO DE LA MODELO

EL ULTIMO AGUINALDO

Nadie hubiera reconocido en aquella anciana decrépita — continuó diciendo el sacerdote — á la mujer alegre, coloradota y robusta de otro tiempo. A mí me costó no poco trabajo recordarla. En dos años había cambiado asombrosamente. El círculo morado de sus ojos, que coronaban pobladas cejas blancas, hacían efecto singular en aquella cara chupada y pálida. La vejez había entrado en aquel cuerpo á paso de carga arrollándolo todo; todo menos los ojos que brillaban de manera intensa, como si la vida se hubiera reconcentrado en aquellas concavidades. El cuerpo había perdido esbeltez y agilidad; y andaba encorvada arrastrando los pies rebeldes á sostenerla... ¡Apenaba ver aquella ruina humana!

Cuando entró en mi despacho, la invité á que se sentase á descansar y la pregunté por la salud.

—Ya usted ve, señor, ya usted ve: muriéndome y alegrándome de que la muerte esté tan cerca. Sin duda Dios me ha escuchado.

Y rompió á llorar como chiquilla castigada con dureza.

La contemplé con lástima, sin atreverme á preguntarle la causa de aflicción tan grande. Me daba miedo sondear aquel corazón que rebosaba amargura y procuré consolarla con palabras, con esas palabras de *consuelo* que la vanidad humana ha creído que sirven para algo.

—Gracias, señor, gracias — me dijo. — Agradezco la buena intención, pero nada es bastante á consolarme desde que se le llevaron.

Entonces me acordé de que la mujer tenía un hijo, muchachote fornido y rebosando salud.

Iba á preguntarle por él, cuando continuó:

—Hicimos cuanto estuvo de nuestra parte para que no se lo llevaran; fuí llorando á todo el mundo, pidiendo compasión, diciendo que era mi único sostén, que no tenía á nadie en el mundo más que á él y que si me le quitaban, yo, mujer y anciana, no podría valerme. ¡Pero di con pechos de piedra! Mis lágrimas de nada sirvieron: necesitaban hombres para llevarles á esa maldita guerra y mi Jacinto era un hombre fuerte, que daba envidia y... ¡tuvo que irse, abandonando á su madre, porque lo mandaba no sé quién!

—Pero, ¿siendo usted viuda?

—Ese es el caso, señor, y ahí está la gran injusticia. Nosotros íbamos de buena fe, con el corazón en la mano... Dijimos qué trabajando en la finquita todo el año, sacábamos lo bastante para vivir con mucha economía. Eso fué suficiente para que aquellos señores dijeran que, quedándome para vivir, tenía que marchar mi Jacinto... ¡Sólo se libraban los hijos de viudas pobres! Según aquello, yo era rica. ¡Rica—repitió riendo nerviosamente — y me quitaban el corazón y no tenía un puñado de duros para evitarlo!... ¡Cuántos afanes desde entonces! ¡Cuántas lágrimas!... Primero se lo llevaron á Madrid. Desde allí me escribía diciéndome que estaba contento; pero... yo no lo creía. Algunas letras borrosas me indicaban que allí había llorado mi hijo... Sobre aquellas lágrimas caían las mías y las cartas quedaban que no se podían leer. Lo que escribía la mano, lo borraba el corazón.

Vino un día el cartero, que esperaba yo siempre en las afueras del pueblo llena de angustia, y me dijo dándome una carta:

—Esta viene de Cádiz.

Me faltó aire para respirar: creí que iba á morirme.

La carta era de mi hijo. Había ascendido á cabo y se lo llevaban más lejos todavía: ¡á Cuba!

Aquel día no pude llorar. Algo me apretaba aquí en la garganta de modo brutal. Creí volverme loca. ¡Ya no volvería á verle!

Me pasaba las noches rezando á la Virgen de los Dolores; pero la Virgen no me oyó nunca! ¡No he vuelto á tener más cartas!

La anciana lloraba desconsoladamente... Yo no sabía qué decir para alentar un poco á aquel espíritu rudamente triturado por el sufrimiento. Quise probarle que las cartas se habían perdido, que su hijo estaba bueno y contento, con la esperanza de ver pronto á su madre.

Ella entonces, sacando un periódico arrugado y señalándome un extenso parte de Cuba:

—Lea usted — me dijo, mientras sonreía amargamente.

El parte daba cuenta de un glorioso hecho de armas. Gracias al brillante comportamiento del sargento Jacinto Torres, que herido desde al principio de la acción se mantuvo firme en su puesto durante diecisiete horas, aquel poblado no fue reducido á cenizas. Aquella resistencia inconcebible fué causa de que los refuerzos llegasen á tiempo.

Tenemos que lamentar la muerte de cinco soldados y la del héroe Jacinto Torres.

Como ha muerto en el poblado que defendió con tanta bravura, su entierro ha sido una imponente manifestación de duelo.

Descanse en paz el que ha sabido morir tan gloriosamente.

Esto, sobre poco más ó menos, decía el periódico:

Confieso, señores, que me sentí tan conmovido, que tuve que llamar en mi auxilio todas mis fuerzas para no llorar.

La pobre madre, estaba muy lejos de ser una espartana; lloraba desconsoladamente.

Contra dolores tan justos, no hay palabras. La debilidad humana hace muchas veces, que el recuerdo de Dios sea muy poco para calmar las grandes tempestades del espíritu. Dejé, pues, que pasara aquella violenta crisis, procurando al mismo tiempo dominarme.

—Oiga usted, señor cura,—dijo procurando contener el llanto.—Todos los años le daba á mi Jacinto un duro de aguinaldo; porque él, nunca tenía dinero. ¡Me daba cuanto ganaba! Este año, aunque todo se lo ha llevado la trampa, he reunido también el duro. Tenía esperanzas de que viniera y se lo gastara divirtiéndose mientras se acordaba de mí... ¡Me lo han matado en esa infame guerra! Dígale usted unas misas; rece usted por su alma... Este será el último aguinaldo.

Y viendo el sacerdote que las señoras lloraban, y que á nosotros nos faltaba muy poco para hacer otro tanto, cambiando de tono

—No hay que apurarse,—dijo.—También este año tendrá el héroe su aguinaldo. La madre fué á reunirse pronto con él y mañana aplicaré por los dos.

Todos los presentes fuimos á la Iglesia al otro día, y aseguro que no he visto en mi vida celebración del Santo Sacrificio más sencilla y más solemne.

Rafael RUIZ LOPEZ

LA ADORACION DE LOS REYES, por Pahissa.

EL SECRETO DE NICOME

Sí, como dicen algunos periódicos, ha muerto *Nicomedes Mijué*, me quedo y nos quedamos *per sæcula sæculorum* todos los amigos de Nicomedes, sin saber lo que era aquel chico.

Lo llamé mi amigo; pero ¿lo fué efectivamente? No lo sé.

Muchas veces me parecía que lo era y entrañable y sincero; en otras ocasiones se me mostraba huraño y hostil, con evidente propósito de mortificarme.

Y esto que acontecía conmigo sucedía con todos.

Vamos, que Nicomedes era un muchacho de los más extravagantes que he conocido en mi vida.

¡Y cuenta que los he conocido de más extravagancias!...

Su nombre era, como llevo dicho, *Nicomedes*. Pero ¿quién pronuncia con frecuencia y familiarmente nombre tan largo? Quisieron en su casa abreviar el nombre llamándole *Nico*, á lo que él se opuso resueltamente, por creer que con esa abreviación no quedaba perfectamente determinado el nombre verdadero.

«*Nico*, decía él, puede ser una especie de apócope de *Nico* demus, cuyo tránsito conmemora la Iglesia católica en el día 3 de agosto; *Nico* podrá conservar también una abreviación de *Nico*-lás; y santos Nicolases hay varios.

Nicolás, peregrino, (2 de junio); *Nicolás*, mártir (13 de octubre); *Nicolás*, mártir, (30 de octubre); *Nicolás I*, papa y confesor, (13 de noviembre); *Nicolás* Albergato, (10 de mayo); *Nicolás* de Bari, arzobispo, (9 de mayo y 6 de diciembre); porque en ese día conmemora su nacimiento, y otro su exaltación al episcopado); *Nicolás*, Factor, confesor, (23 de enero, 5 de marzo y 23 de diciembre; un día el nacimiento, otro el tránsito á mejor vida, y otro la canonización); *Nicolás* de Longobardo, (3 de febrero); *Nicolás* de Tolentino, confesor, (10 de septiembre).»

«*Nico*, prosiguió diciendo Mijué, puede ser una variante de *Nico* n; nombre del cual hay otra de santo *Nico* n, mártir, (23 de marzo) y *Nico* n, monje, (26 de noviembre). *Nico* puede ser asimismo una representación abreviada de *Nico* n, trato homónimo del cual hay otra de santos y por añadidura mártires.

Nicome sólo puede ser abreviación de *Nicomedes*, que es un santo; un presbítero cuya exaltación á la santidad se solemniza en 15 de septiembre *mis días*.»

Y no hubo apelación; *Nicomes* tuvimos que nombrarle todos; menos los que en son de broma se permitieron nombrarle *Nicenas*. Lo cual no carecía de peligros, pues si la broma lo pillaba de mal humor, la emprendía Mijué á sopapos y á patadas con el bromista.

Esto lo contaban personas de su familia y camaradas y condiscípulos que habían tratado á Mijué desde niño.

Yo lo conocí, hombrecito ya, en el *Ateneo Científico y Literario de Madrid*, donde me lo presentó no recuerdo ya qué distinguido orador de la *cacharrería*.

Nicomes me pareció simpático, afable, comunicativo. Charlamos durante hora y media, y al separarnos ya nos tuteábamos y nos despedíamos, pegándonos, sin compasión alguna, sendos manotazos, á manera de espaldarazos.

Aquello no fué visto ni oído,

Habíamos penetrado uno y otro en aquel recinto sin conocernos; salíamos de él convertidos en amigos íntimos.

A los dos días lo encontré en el vestíbulo de un teatro y no me saludó; presumí que no me habría visto; me acerqué á él, le dí las buenas noches y apenas contestó, y aun eso muy fríamente, á mi saludo.

En la siguiente noche, topé con mi extravagante amigo al cruzar la calle de Sevilla y todo fué uno: verme y darme estrechísimos y fuertes abrazos, y empeñarse en que cenáramos juntos en *El Inglés*.

Y no hubo remedio; me vi precisado á cenar contra mi costumbre y contra mi costumbre también tuve que retirarme á casa á muy altas horas de la noche.

Y cuidado si estuvo expansivo el buen *Nicomedes*. Me refirió, su vida y no digo sus milagros, porque milagro no había hecho ninguno; me habló de sus amores con una muchacha muy linda y muy buena aunque de escasa fortuna, y con la cual, por eso mismo, pensaba él casarse; me confió sus sueños de poeta, sus aspiraciones de artista; había escrito un drama... pero un drama de los qué vienen á *romper moldes* y á señalar nuevos derroteros al arte, y á descubrir amplísimos horizontes á la obra teatral; vamos, un drama como no se había visto otro.

Y al despedirse de mí aquella noche, me suplicó encarecidamente que nadie se enterase de las confidencias de que me había hecho depositario y de cuyos pormenores no estaba enterada ni su familia.

Estuve dos ó tres veces si le digo, si no le digo, lo que me había sorprendido su conducta de la noche anterior; pero por último, nada le dije, presumiendo que podría haber sido una distracción pasajera; cualquier cosa.

LAGUNAS PONTINAS, por Enrique Serra.

No volví á ver á *Nicomes* en muchos días.

La primera vez que nos vimos después fué en la *Academia Española*. Era tarde de recepción. *Nicomes* pasó á mi lado, muy tieso, muy seriote, con una ligerísima inclinación de cabeza y un adiós entre protector y desdeñoso que no le habría oído el cuello de la camisa.

Ni el sitio, ni el momento me parecieron á propósito para explicaciones; pero confieso que estuve disgustado toda la tarde.

Comprendí que aquello era una puerilidad; pero no podía resignarme á tales y tan incomprensibles mudanzas.

No transcurrieron muchos días sin que recibiese una mañana la visita de mi amigo *Nicomes;* iba á leerme su drama, su obra *¿Conoclástica?* como él la nombraba.

La ocasión me pareció de perlas. Antes de comenzar la lectura, le rogué, con afectuosa firmeza, que me explicase lo que había de extraño en su comportamiento.

—Hombre, replicó él, ¿acaso estás tú siempre del mismo humor? ¿Hay, por ventura, en el mundo alguien que lo esté? No lo creo; si lo hay, no le conozco. La mayor prueba de confianza y de cariño que puede dar una persona á otra, es tratarle como se trata á sí misma. Días hay, muchos días, en que yo no puedo hablarme, ni verme, ni oirme; en ese día no quiero hablar, ni ver, ni oir á un verdadero amigo. ¿Para qué voy á darle mal rato? Y se lo daría si le hablase. Porque... el por qué es mi secreto; ya te lo revelaré uno de estos días.

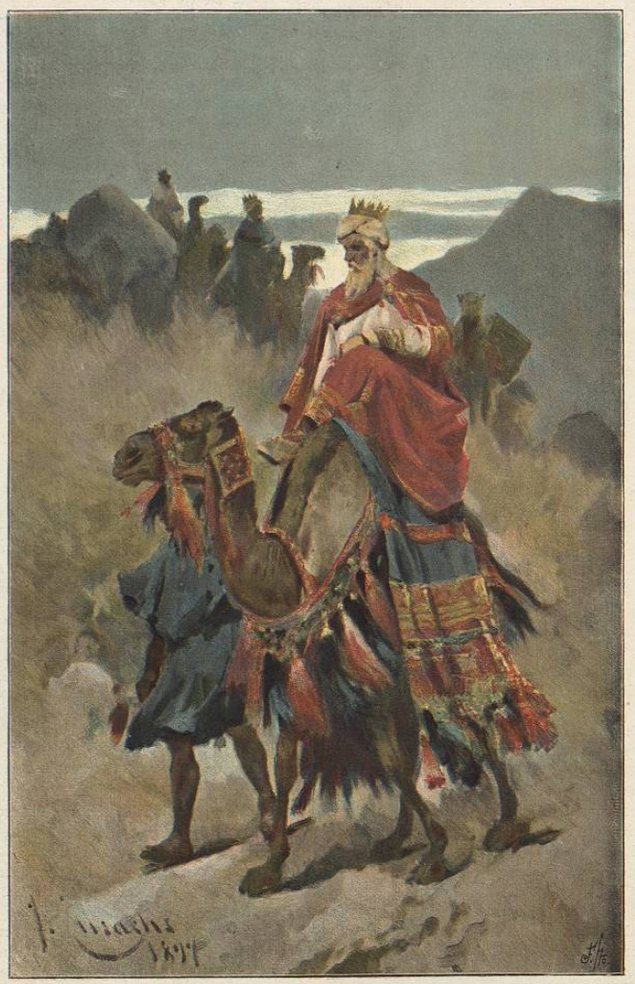
Escuché el drama del cual sólo recuerdo ya que me pareció todo él un puro desastre.

Después he esperado pacientemente que Mijué me revelase su secreto.

Ahora leo en la prensa que ha fallecido el pobre. Dios lo haya perdonado, pero deploro que se haya llevado su secreto á la tumba.

Pero, ¿no es verdad que sin tener secretos, ni cosa que lo valga, hay muchos ciudadanos que en su trato variable se parecen á Nicomedes.

A. SANCHEZ PEREZ



LOS REYES MAGOS

Cuántos recuerdos despierta en nuestra mente esa leyenda fantástica y misteriosa de los reyes magos, que tantas veces nos contara nuestra madre, al calor de su regazo, en las largas é interminables noches del invierno!

Nuestra débil inteligencia de niño, apasionada por todo lo misterioso y extraordinario, veía con los colores de la realidad á aquellos tres reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, caminando por montes y valles cubiertos de nieve, montados en gigantescos camellos, y seguidos de inmensa servidumbre cargada de cajas de cedro llenas de dulces y juguetes.

Aquellos tres personajes de luengas barbas, rico ropaje talar de vistosos colores, con corona de oro en la cabeza y cetro del mismo precioso metal en la mano, venían y vienen todos los años, de allá del Oriente, á festejar á los niños en conmemoración de los presentes que llevaron al Salvador del mundo, cuando yacía humildemente en el portal de Belén.

Entre los reyes viene uno negro, que es el que mayor respeto y hasta temor infunde á los infantes, á pesar de que ninguno puede tener queja de su comportamiento.

En fantástica procesión, que sér humano no ha llegado á ver nunca, recorren las calles de villas y de ciudades, de aldeas y villorrios, y van dejando, *á los niños que no lloran*, caballos y tambores, muñecas grandes y chicas, sables, cascos y golosinas.

Pero todo esto con una condición.

Hay que poner al balcón, ó á la ventana, ó junto al rescoldo de la chimenea, pues estos señores también entran por allí, un zapatito con paja para alimentar á los camellos que vienen cansados y hambrientos de tan largo viaje.

No importa que el niño viva en una guardilla, por alta que sea; los criados de los reyes llevan escalas muy largas que llegan á todas partes.

Los niños, esa noche, deben acostarse pronto y dormir tranquilos, porque si están despiertos, los reyes no vienen.

A los niños malos les ponen carbones, sin dejar por esto de llevarse la paja.

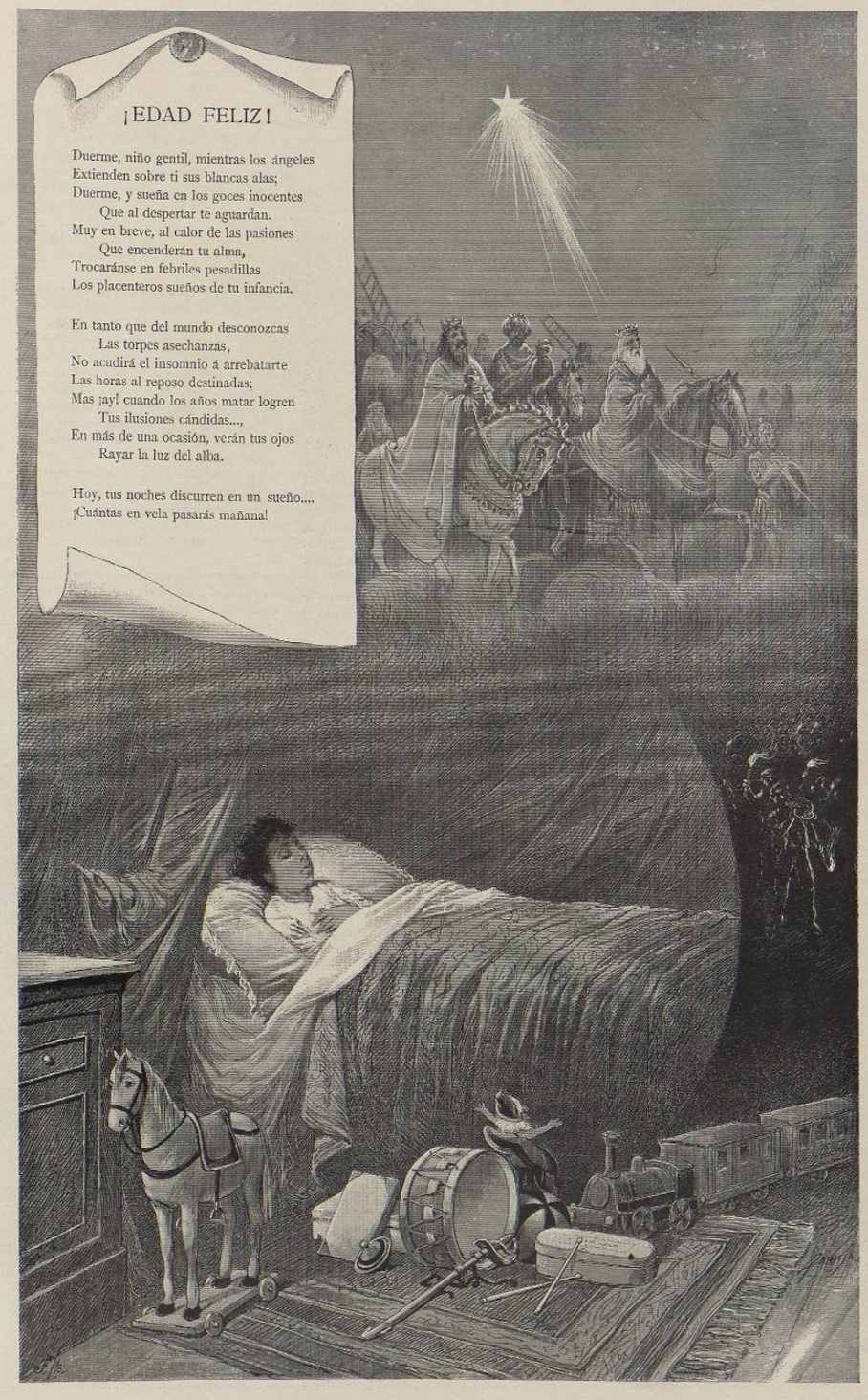
¡Cuán bellos ensueños!

¡Qué santas mentiras!

¡Qué engaños más buenos!

¡Cuán dichosos son los niños á quienes aun no ha habido ninguna mano infame que arranque la venda de sus inocentes creencias!

Los hombres sabemos más; ya nos han enseñado á reirnos de todo... pero reimos llorando.



¡EDAD FELIZ!

Duerme, niño gentil, mientras los ángeles
Extienden sobre ti sus blancas alas;
Duerme, y sueña en los goces inocentes
Que al despertar te aguardan.
Muy en breve, al calor de las pasiones
Que encenderán tu alma,
Trocaránse en febriles pesadillas
Los placenteros sueños de tu infancia.

En tanto que del mundo desconozcas
Las torpes asechanzas,
No acudirá el insomnio á arrebatarte
Las horas al reposo destinadas;
Mas ¡ay! cuando los años matar logren
Tus ilusiones cándidas...,
En más de una ocasión, verán tus ojos
Rayar la luz del alba.

Hoy, tus noches discurren en un sueño....
¡Cuántas en vela pasarás mañana!